

---

# **NUESTRAS FIESTAS ANTIGUAS**

**ENRIQUE ECHAVARRÍA**

Vol. XIII Medellín, mayo de 1937 No. 139

REPERTORIO HISTÓRICO

ÓRGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

## **NUESTRAS FIESTAS ANTIGUAS**

Animación, alegría, mucha alegría era lo que reinaba en vísperas de nuestras antiguas fiestas. Fiestas: así se llamaban antaño; el nombre de carnavales nos vino después con la civilización. De allí el chiste de don Rudesindo Ospina, que ha sido tan aplaudido: El viajar a Europa con señora es lo mismo que ir a fiestas en yegua con potrico!

Como en esa época escaseaban los problemas, tan pocas noticias había qué comentar, todo se reconcentraba en los preparativos para aquellas diversiones. En costureros y en cantinas no se hablaba sino de fiestas; se vivía de fiestas, se comentaba fiestas. Cada cual disponía la confección de sus trajes, en el mayor sigilo posible; los ocultaba hasta de las personas de su propia casa; se aguzaba la inteligencia para inventar el disfraz apropiado y raro. Todo esta en dar golpe.

Los preparativos principiaban con mucha anticipación; aparecían bellos programas en verso que don Lucrecio Vélez y don Lino Ospina elaboraban. Los programas encendían los ánimos y entusiasmos del respetable público. Tengo a la vista uno de ellos, hechos con la gracia picaresca de don Lucrecio y del cual copio algunas estrofas:

### **PROGRAMA DE LAS FIESTAS DEL 20 DE JULIO DE 1888**

#### **ORDEN RIGUROSO**

##### **VIERNES 20 DE JULIO**

Fiesta cívica, despejo, etc., etc! Gran novedad! Una noche de bengala. Maravillosos fuegos artificiales, globos a un tiempo.

##### **SÁBADO 21**

Caravana pintoresca y artística. ESTUDIADA Y ORGANIZADA CON ESPECIAL ESMERO. Carreras y disfraces a caballo. Toros, danzas y sainetes populares.

##### **DOMINGO 22**

Regocijos populares. Cinco toros, dos globos, carreras a pie, cucaña. ¡MUCHOS PREMIOS! Sainetes y danzas de sociedad hasta las 4 p.m. Media hora después.

## MAESTRANZA INGENIOSA Y NUEVA

LUNES 23

¡¡¡DÍA DEL PUEBLO!!! Alborada. Caricatura de la maestranza. Toros de risa. Hipódromo. Más globos! Más toros! Más danzas! Más juegos de premios!

Para endulzar esta vida  
Con que marchamos a cuestas.  
Vida fugaz y aburrida.  
Son necesarias las fiestas.

A las tres de la mañana  
Irán lo menos dos mil  
A formar la Caravana  
Al puente de Guayaquil.

Rosas, zancudos, hebreos;  
Toros, micos, calaveras...  
Para no andar con rodeos,  
La flora y la fauna enteras.

Habrá palcos al redor  
De la plaza principal  
Decorados con primor  
Con damasco y con percal.

Verán, es cosa algo fea,  
Pero cosa singular,  
El juego de la batea  
Que hace reír y llorar.

Allí irán los de Belchite,  
Los de “La Mata de Moras”  
Nadie se nos anticipe  
En decirlo a las señoras.

Muchachas, habrá cucaña.  
Trapecios y balancín,  
Repollitos, pizingaña,  
Vaca loca y puerto espín.

Zaragüellas, Maragato,  
Don Serafín Villalobos,  
Justo Pelotas y el chato  
Se llaman los cinco globos.

Gaspar Chaverra

Con espacio, el mercado que se había en lo que es hoy el Parque de Berrío y única plaza principal de la ciudad, se trasladaba a otro lugar. Se procedía a la construcción de palcos y barreras, para las corridas de toros y demás regocijos públicos que allí se efectuaría. Los palcos y barreras se formaban con gruesos palos, se construían unos parapetos, especie de grandes jaulas; abajo, para cantinas y restaurantes, arriba, para palcos que las familias principales alquilaban con anterioridad. Cuando se estaba en plena fiesta, daba gusto oír el chisporroteo de la manteca hirviendo y el olor de las sabrosas fritangas; chicha aquí, horchata allá, sirope (jarabe) por todas partes. El aguardiente de caña era el rey blanco que en grandes botellas lucía en todas las cantinas. Y qué tragos!

Las fiestas se tenían el **siete de Agosto**; el veinte de Julio había las consabidas fiestas patrias y una docena de discursos veinte julieros.

Se habría el festival con la renombrada **Caravana**, Reina, no había entonces, eso apareció después. Reinas eran todas las muchachas de la Villa.

Al son de la **alborada** y al estrépito de los primeros cañonazos, despertaba la ciudad. Todos los enmascarados con sus vestidos se reunían en el puente Guayaquil, o en el de Colombia; entraban unidos a la ciudad y despertaban a los que aún dormían, al estruendoso ruido de sus gritos, de sus latas, de sus tarros y atambores. Cada cual quería imitar al animal que representaba: al perro, al gato, al loro, al mico... Entre estos disfraces recuerdo uno que me impresionó, cuando aún era yo muy niño: don José María Díaz, viejo alegre y parrandista, como casi todos los de su tiempo, llevaba un traje bien cortado, bien hecho, de levita, pero de gante, el sombrero de copa forrado en gante, por reloj y leontina cargaba una arepa y un sartal de chorizos.

La Caravana era grotesca en todo, no sólo en disfraces sino en sus cabalgaduras, en su mayor parte burros, bueyes y mulos defectuosos y viejos; algunos iban montados en carros de carga, bien desvencijados y malos.

La Chirimía acompañaba a la Caravana. Tan original música, música indígena, es un instrumento parecido al clarinete, de sonido monótono y penetrante, de una chillería y simpleza como de pericos salvajes; va acompañada de tambores pero sordos y destemplados; parece que en esa forma van de acuerdo con ella.

La Chirimía servía para las fiestas de iglesia, para las salves de la Candelaria, para las cuarenta horas de El Carmen, para toda festividad religiosa. Sin la Chirimía todo se creía insulso e incompleto. Por la tarde de ese mismo día se disfrazaba todo el mundo con lujosos trajes y en magníficos caballos; la felpa, o el **peluche**, el terciopelo, las vistosas telas, adornadas con cascabeles y lentejuelas lucían por doquiera. Lujo extraordinario.

No quiero dejar pasar uno de los disfraces a caballo, que más llamaron la atención por su originalidad y por resultado típico y gracioso. ¡**La Nube de Langosta!** tal fué el nombre que le dimos. Éramos más de treinta amigos quienes nos disfrazamos de langosta.

Para no ser conocidos, fuimos a vestirnos a casa de don Alberto Ángel; allá llevamos nuestras caballerías y disfraces. Doña Amalita, señora de la casa, única mujer ante aquella nube de hombres, nos atendió con especial cariño y esmero, como ella tan bien sabe hacerlo; aquí daba una puntada a éste; allá prendía un alfiler a aquél; para unos, una ligera revisada; para otros un pliegue necesario; para todos, un entusiasta aplauso.

Nos botamos a la calle. Nuestros caballos brincaban, corrían, relinchaban; los cohetes subían estruendosos; nuestras carracas chirriaban; la algazara de la multitud sonaba por doquiera; el pánico, el goce, la admiración no tenían límites.

El hoy muy Reverendo Padre Canónico Bernardo Jaramillo Martínez, protagonista de la **Nube**, en compañía de Basilio y Gabriel Martínez, Luis Guillermo, Francisco Antonio y Alejandro Jaramillo, eran los cantores. Las guitarras y los tipes, que ellos tocaban admirablemente hacían palpar los corazones. Delante de todas las puertas y ventanas parábamos la marcha; nos deteníamos, nuestros simpáticos músicos entonaban estas alegres coplas. Las muchas gozaban indeciblemente con tan preciosos cantores, los chiquillos gritaban enloquecidos de placer. Todo era contento, orden, cultura y buen proceder:

Nosotros somos  
La descubierta  
De una gran nube  
Que viene atrás  
No se incomode  
Y abra la puerta  
Que somos gente  
Aun con disfraz.

Esta mañana  
Nos levantaron  
De unos arados  
Del cuchillón;  
En todas partes  
Nos acosaron  
Y aquí venimos  
Como invasión.

En todas partes  
Nos tienen miedo  
Porque llevamos

Doquier el mal.  
No crean niñas  
En tal enredo,  
Somos langostas  
De Carnaval.

En los maizales  
Y en los sembrados  
Dejamos ruinas  
Sin Compasión;  
Mas hoy venimos  
Ya transformados  
Buscando hermosas  
Y diversión.

Por motivo de la guerra del año de 1899, que durante tres años arruinó nuestro país, los regocijos públicos se suspendieron en nuestra amada patria. Era un luto nacional obligado.

Ya en 1905 reinaba plena paz y la vida y prosperidad empezaban a renacer. Para festejar esa alborada de dicha, nuevamente volvieron las fiestas de plaza, llamadas ya por esa ese tiempo "Carnavales".

En casa de mi madre en la esquina del Parque de Bolívar, se dio un gran baile de máscaras, al que acudió la mayor parte de la sociedad de Medellín. Por primera vez las señoras acudieron disfrazadas. La alegría, la animación, el lujo, las buenas maneras y el esplendor se ostentaban a pedir de boca en tan memorable noche. Testigo de ella el aplauso de la ciudad y el recuerdo grato que de tan dulces horas ha quedado.

Al segundo día se abandonaban las cabalgaduras, los disfraces seguían a pie; se formaban danzas entre los grupos: veinte o más entraban en ellas. Casi todas las casas se abrían para el baile. Esas danzas llevaban consigo sus orquestas y buenos regalos con qué obsequiar a sus parejas. Las orquestas se componían de música popular, guitarras, tiples, bandolas. En ese

tiempo se las llamaba **Liras**. Gozaban de gran fama las de Canito, Emiliano Pazos, El Chato Arroyave; tan notables en esa época como hoy la Lira de Nicolás Torres.

Generalmente las danzas vestían uniforme especial y se conocían por sus respectivos nombres: **Las Casacas Rojas, Los Gavilanes, El Negativo de Casaca**. Algunos andaban solos; otros en grupos de dos o tres, llamados **Comparsas**. Entre los originales, por sus disfraces graciosos y raros sobresalían don Daniel y don Manuel Botero.

Mil anécdotas pudiera contar; me contentaré con una por cierto muy original: le pasó tal chasco a mi querido amigo y compañero Luis Alfonso Vélez: **se non é vero é benetrovato**. A **Pelotera**, apodo con que ha sido siempre conocido, le pido perdones por divulgarle el cuento, si es cierto; y si no, que no haga caso, en honor de las fiestas que relato.

Luis Alfonso se pasó unas fiestas deliciosas; no hubo nada que no hiciera; lo sorprendió la mañana siguiente de las fiestas todavía disfrazado. Todo el mundo trabajaba ya en el comercio y en todos los quehaceres cotidianos. **Pelotera** y algunos otros amigos suyos andaban por las calles y repetían sin cesar el fatigante estribillo de los enmascarados: ¿me conoce? Resolvió por fin irse a la casa a descansar; llegó a ella borracho, que no cayó en la cuenta de quitarse la careta, en tal forma se echó a dormir; lo acometió un sueño profundo, como el que Dios enviara a nuestro padre Jacob; soñó con la escala misteriosa, por donde subían y bajaban los ángeles... o demonios; quién sabe qué más cosas vió; de que no recuerda, por la tarde la sed de la irritación lo despertó; resultó que no veía; gritó con gran fuerza: Estoy ciego, estoy ciego...; la solícita madre apareció; hizo lo primero arrancarle la máscara, y la luz fué hecha. Qué había sucedido; con los movimientos en la cama la dichosa careta se le había corrido, y los ojos quedaron tapados, naturalmente... no veía ni mamá!

**La Maestranza** era antaño un número muy llamativo; se efectuaba al segundo día. Para tal acto se llenaban los palcos; la muchedumbre no cabía en la plaza. Cuarenta jinetes sobre bellísimos corceles hermosamente trajeados y con uniformes vistosos, se dividían en cuatro cuadrillas, cada una se colocaba en cada esquina de la plaza. Don Félix Gaitán, su jefe y director se situaba en medio de ella.

Al son del pito de don Félix se movían todos, iban al centro y bailaban en sus caballerías al compás de la banda de música, como si fueran en un salón cuadrillas de lanceros. Ejecutaban

multitud de figuras; salía un jinete de un grupo, a carrera abierta; en el próximo grupo partía otra a perseguirlo y le tiraba huevos con ceniza; el perseguido se metía en el tercer grupo; el perseguidor continuaba su carrera; del tercer grupo arrancaba otro detrás de éste, a tirarle también con huevos; el juego se continuaba así hasta tocar la suerte a todos; finalizado el juego, cada cuadrilla volvía a quedar reunida. La gracia principal consistía en dar con los huevos sobre la espalda de su perseguido; ganaba el que más huevos aprovechara.

En carrera abierta también se ejercitaban las cuadrillas en atravesar por entre un aro una varita, como especie de plumero. A rodo había infinidad de pruebas de destreza.

En el año de 1888, año de grandes fiestas, le tocó a Alfonso Prieto perseguir con los huevos a Eduardo Fernández; a Eduardo le dio como síncope, se cayó del caballo, se aporreó bastante, lo que pudo ser de graves consecuencias, pues se golpeó en el cerebro. La aparatosa caída fué al frente de hoy Almacén Chino-Japonés.

Al otro día se hacía la **Caricatura de la Maestranza**; era la misma **Maestranza** pero con vestidos charros, don Félix Gaitán, su maestro y director.

Para el pueblo se inventaban atractivos especiales; se le ayudaba con dinero para sus disfraces, danzas y sainetes; tablados, propios para bailes y exhibiciones que se levantaban en distintas partes de la ciudad. La danza de los Gallinazos constituía una gran diversión y regocijo.

Cosas atractivas y de lucro había en la plaza principal, digamos por ejemplo **La Vara de Premios** (cucaña que pone la Academia). La vara, larga, recta, engrasada; de la parte alta colgaban objetos de valor, una indumentaria para campesinos: pantalón, camisa, **carriel**, machete; el que lograba tocarlos era su positivo dueño. Para subir, mucho trabajo al principio; pero las gentes hacían lo de la hormiga; echaban arena; y a la postre trepaban a la altura.

Soltaban un marrano enjabonado, el que sujetara con sus manos, podía llevárselo como cosa suya. Cosa divertida el juego de la batea. En grandes bateas se echaba mucha miel; en el fondo de ellas se colocaban varias **cincanas**, monedas de a cincuenta; quien las sacara con la boca, se las llevaba para sí.

Dejaban salir a la plaza un toro bravo; llevaba en la cabeza y en la gualdrapa, con que lo engalanaban, muchas monedas atadas y colgando; para poseerlas era preciso arrebatarlas al toro.

TOROS! Se forman cuadrillas de aficionados; preparábanse vestidos parecidos a los españoles; los toreros, muy malos. A veces toreaba el público con ruanas y sombreros. Un muchacho, llamado **Mañeco**, dizque sabía mucho, salió a torear, lo embistió el toro, casi le sacó las tripas; decía la gente; Mañeco ha cogido tanto miedo al ganado que no toma ni leche!

De los toros lo que más gustaba a los señores principales era ir ellos mismos a caballo, traerlos y enchiquerarlos. Ahí la destreza y agilidad de cada cual. Cuando los soltaban a la plaza, ellos, en sus fogosos caballos los coleaban (rejoneaban, como dicen los españoles). Me tocó ver a don Luis Puerta, hermano de don Gregorio, montado en su bello caballo "El Tordo"; admiré como saltaba por encima de las puertas de la barrera de adentro hacia fuera, de afuera hacia adentro. Como yo era tan entusiasta por los caballos, si se me hubiera aparecido un centauro no me hubiere impresionado más que ver la elegancia con que don Luis tal acción ejecutaba.

Ponderaba alguno lo mucho que su caballo saltaba; al oírlo, otro le preguntó muy serio: su caballo saltará por encima de esta casa? Calculando lo alto de ella y muy serio contestó el interrogado: si no se la salta, siempre quiebra mucha teja.

Como estoy contando cosas típicas y viejas de Medellín, sucesos notables de nuestras antiguas fiestas, voy a permitirme narrar un acontecimiento, que por su magnitud es de grande importancia.

Hace muchísimos años, en unas fiestas muy sonadas, se hallaban ante una mesa de juego los señores don Tomás Uribe Santamaría y don Pepe Gaviria. Y quién en tales circunstancias no irá a una mesa de juego?

Al hablar de la excelencia de la nobleza y de la dignidad de estos caballeros es cosa inútil, pues bien conocidos son ambos y sus dignos descendientes por todas partes las están pregonando.

En el populachero y viejo barrio de Guanteros, tenía Tomasa Sanpedro una acreditada fonda, eran su especialidad las famosas cenas de los sábados en la noche, por sus renombrados tamales y empanadas de marrano y de gallina; según decires de la época, quien se los comía se chupaba hasta los dedos. Probablemente todo esto se manejaba con las manos. Quien sabe qué mas atracciones habría allí; es lo cierto que allá se agolpaba lo más selecto de nuestra alegre juventud.

Una noche al ir y venir de anisados, tamales y empanadas, entre muchos otros, estaban de contendores nuestros citados caballeros.

Don Tomás poseía en Belencito una preciosa quinta, propiedad que es hoy de don Julio Arango Lalinde. No conozco el motivo. Lo sabido es que resolvieron jugarla al dado, con todo lo que tenía, inclusive muebles y vajilla, a una sola parada, contra ocho mil pesos, de a ocho décimos, que era la moneda de entonces. La suerte protegió a don Pepe, quien ganó tan afortunada jugada.

Una vez terminadas las fiestas, don Tomás le hizo escritura de la preciosa quinta a la firma social de Gaviria & Jaramillo, según voluntad del triunfador; con la escritura entregó las llaves de la casa.

Inmediatamente la señora de don Pepe Gaviria le envió a la señora de don Tomás, y a escondidas de éste, todos los trajes y demás cosas de uso personal, que ésta había dejado en la quinta. Digo que a escondidas, porque don Tomás no había querido recibir nada, para lo que alegaba que el trato había sido con todo lo que allá hubiera.

En las fiestas de agosto del año de 1880 hubo un suceso que conmovió a Medellín. Era don Mariano Uribe Fernández un respetable señor de esta ciudad, probo y rico; frisaba en sus cincuenta y seis años; con sus compañeros de aquella época tomó parte activa en las fiestas. Se lidiaba un toro de preciosa estampa. Don Mariano cabalgaba un fogoso bridón blanco, que hacía caracolear con destreza y elegancia sumas; corrió su caballo a gran velocidad frente a lo que hoy es el Banco de Bogotá se agachó a **colear** el toro; hizo un gran esfuerzo; tuvo mala suerte, se fué al suelo y recibió un fuerte golpe, de mortales consecuencias.

Don Mariano fué llevado a su casa, situada en el cruce de las calles de Ayacucho y Palacé, donde hoy existe el edificio que lleva su nombre, y que es propiedad de su hijo don Simón Uribe. Era hombre rico; fueron llamados los catorce médicos que había en la ciudad; se resolvió hacerle operación. El doctor Uribe Ángel, decano de todos ellos, era el médico de cabecera; le entregó la cuchilla a uno de los jóvenes y se sentó en una silla, a regular distancia; el médico operador principió a cortar; de pronto dijo en voz alta, que resonó en medio del silencio profundo de los galenos: "Aquí hay un cuerpo extraño"; sin levantarse de su asiento el doctor Uribe Ángel contestó con estas textuales palabras: "Un cuerpo extraño? ¡corte y ligue"! Sin más preámbulos el operador hizo de mandado; cortó y le pasó al doctor Quevedo la parte cortada; éste al verla, exclamó: El epiploon...! Volvieron a coser. Y el epílogo de esto, el entierro de don Mariano al día siguiente.

Al sujetar el toro don Mariano adquirió una hernia, que en aquel tiempo no conocían nuestros catorce médicos. Imitando a Quintana, el poeta, y **mutatis mutandis**, podría decirse: "Culpas son del tiempo y no de España".

Espero que ninguno de los descendientes de los catorce médicos se enoje conmigo no crítico; relato hecho como tantos; no está en mi ánimo ofender a nadie; los tiempos van poco a poco amontonando luz, y la ciencia se perfecciona.

Mi estimado amigo, don Ricardo Uribe Gómez, hombre de gran talento y de facilísima memoria, que se sabía al dedillo las historietas todas de Medellín, me refirió puntualmente este triste caso, como lo dejo arriba narrado. El era sobrino de don Mariano, y estuvo presente en la operación. Vió y oyó todo.

Un poco antes de morir don Ricardo le inyectaron algo para calmarle los dolores; el brazo se vió él con algún detenimiento y fijeza; con acento dolorido y remontándose a tiempos anteriores dijo: Corte y ligue...!

"Balmoral", julio 17 de 1963.

**Enrique Echavarría**

